

# INVIERNO y FUEGO de LA eSCRITURA: La poesía de ELMER JEFFREY HERNÁNDEZ

Jorge Ladino Gaitán Bayona

Profesor de la Universidad del Tolima  
Grupo de Investigación en Literatura del Tolima



## Preámbulo

**E**n su poema “Jardín de invierno” Pablo Neruda expresa: “Pertenezco a la tierra y a su invierno / Creció el rumor del mundo en su follaje” (1977, p. 74). El invierno es una estación privilegiada para los poetas. Quizás el frío en los huesos y la búsqueda de refugio -una casa o la escritura como morada- despiertan en el artista la vocación de memoria y una conexión espiritual con todo. La lluvia tiene lenguaje y el poeta, hijo privilegiado del fuego, escucha en las gotas la conciencia agónica del mundo. Uno de ellos es Elmer Jeffrey Hernández con *Crepitaciones de invierno* (2020) y *Éxodos y ventanas* (2019), ambos publicados por el Sello Editorial de la Universidad del Tolima.

## El autor

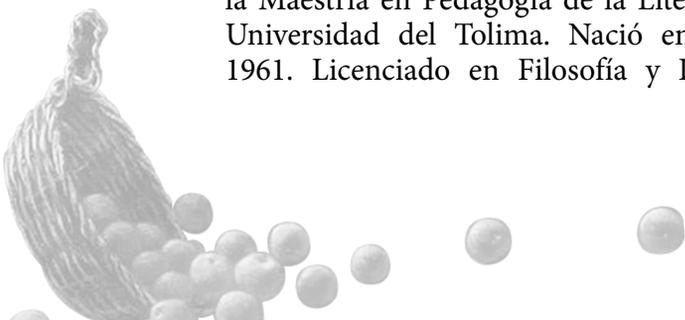
Elmer Jeffrey Hernández Espinosa es escritor y docente de la Universidad del Tolima. Dirige la Maestría en Pedagogía de la Literatura, de la Universidad del Tolima. Nació en Ibagué en 1961. Licenciado en Filosofía y Letras de la

Universidad Santo Tomás. Magister en Literatura de la Universidad Tecnológica de Pereira. Su trabajo de investigación de posgrado derivó en el libro *El quinismo en el mundo alucinante de Reinaldo Arenas* (2015). En relatos publicó *La calle del capitán* (2008) e *Intersticios* (2003).

Con “Réquiem para Andrés” ganó en 1996 el Concurso de Cuento, convocado por la Universidad de Caldas, CRES e ICFES. En 2008 fue primer puesto del Concurso Nacional de Cuento, organizado por “El Túnel” de Montería y Asociación Grupo del Arte. El mencionado concurso nacional lo ganó con un bello relato sobre fútbol titulado “Lateral sur” y está incluido en el libro *Cuentos del Tolima, antología crítica* (2011). En torno a la obra narrativa de este autor ibaguereño existe el ensayo “Entre la tensión e intensidad: los cuentos de Élder Hernández”, perteneciente al libro *Aproximación crítica al cuento de Ibagué y del Tolima, tomo II* (2019), cuya autoría es de Nelson Romero Guzmán, Leonardo Monroy Zuluaga y Jorge Ladino Gaitán.

## El agua, el fuego, la poesía

*Crepitaciones de invierno* anuncia desde el título que el libro se nutre de contradicciones y paradojas. Los opuestos se armonizan en metáforas y antítesis. Los versos estallan en sentidos. ¿Huesos que crujen por el frío o crepitar de una fogata en medio de la lluvia? El agua es simbología de la vida y del ser cambiante (el río de Heráclito), pero también de la muerte y sus barcas de Caronte. El agua, además, tiene ritmos variados, a semejanza de la poesía: “El agua es la señora del lenguaje fluido, del lenguaje sin choques, del lenguaje continuo, continuado, del lenguaje que aligera el ritmo, que da una materia



uniforme a ritmos diferentes [...] una poesía fluida y animada, una poesía que viene de las fuentes” (Bachelard, 2003, p. 278).

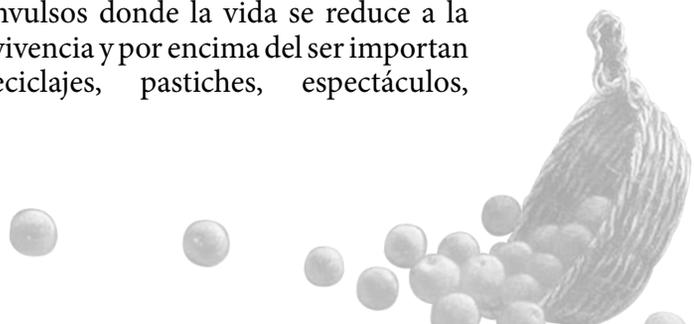
Por su parte, el fuego es presagio de destrucción, como también símbolo de liberación, de la escritura y sus Prometeos. Nada tan parecido a una imagen poética como el calor, el que hace posible dar luminosidad a las palabras y fundar el ser en su condición dialéctica: “Desde el momento en que un sentimiento sube a la tonalidad del fuego, desde el momento en que se expone, en su violencia, a la metafísica del fuego, puede estarse seguro de que va a acumular una muchedumbre de contrarios. El ser quiere entonces ser puro y ardiente, único y universal, dramático y fiel, instantáneo y permanente” (Bachelard, 1966, p. 185). En los leños del lenguaje arde la belleza y el poeta frota sus manos como diciendo que está a salvo en su poema, un círculo de llamas que aleja lo indeseado y donde tiene lugar el más sublime de los ritos: “Los suplicios se pasean fuera de mi morada... / Son apenas una sospecha en mi sosiego. / Y escribo” (Hernández, 2020, p. 10). Ante las tristezas que rondan al artista -la vida, el país- se conjuran fantasmas desde la literatura, la casa espiritual del rapsoda, donde lo extraño da nuevas posibilidades al lenguaje, giros insólitos en la expresión, imágenes cercanas al sueño, tal como se percibe en *Éxodos y ventanas*: “Escribe: No somos ahora, y en el alfeizar se yergue la momia de un pájaro que ríe en sus estertores últimos. Todavía sus plumas son mortales aspas de fuego. Hemos partido sin gloria y ahora llueve sobre los campos desérticos... El hijo corre tras un ave blanca mientras nosotros dormimos la danza de los sepulcros” (Hernández, 2019, p. 53).

Mientras escribe, el poeta sabe que el tiempo pasa de otra forma, no desde los relojes y sus cadenas insospechadas, sino desde el instante detenido para escuchar lo íntimo del ser y lo más misterioso de la naturaleza: “Habito el instante / y escribo” (Hernández, 2020, p. 10). Solo así tiene lugar la epifanía, la creación estética, la revelación de una escena eclipsada por el asombro: “La noche es un pájaro que no llega solo” (p. 13). Difícil tarea del escritor lograr que un instante sea captado como si en él habitara la eternidad: “Observador, flâneur, filósofo, llámenlo como quieran; pero se

verán ciertamente conducidos, para caracterizar a este artista, a gratificarlo con un epíteto que no podrán aplicar al pintor de las cosas eternas, o al menos más duraderas, de las cosas heroicas o religiosas. A veces el poeta, con mayor frecuencia se asemeja al novelista o al moralista, es el pintor de la circunstancia y de todo lo que ella sugiere de eterno” (Baudelaire, 1996, p. 360).

La poesía permite que algo aparentemente simple, dos manos que se juntan, por ejemplo, cobre sentido cuando se concatena con el devenir del mundo (hechos históricos, pero también mitológicos). Nos referimos, por supuesto, a “Las causas”, de Jorge Luis Borges. Así como el amor, la muerte también fecunda el instante de eternidad, como acontece en “Vivos y muertos”: “Me aterra que todavía los ojos quieran / ver y los oídos oír, / luego de que los muertos, / uno a uno / al infinito, desfilan bajo el balcón” (Hernández, 2020, p. 11). Versos sugestivos donde, sin caer en lamentaciones escuetas, se alude al contexto del poeta, una nación acostumbrada a las masacres, a odios fácilmente manipulables, a orgullos vacuos frente a las fiestas y la creencia de que somos uno de los países más risueños del planeta: “Vivos y muertos me aterran. / A esta hora / departen los unos con los otros y los confundo. / ¿Y cómo no / en esta algarabía de vivos y muertos? / Flores para los unos, tierra para los otros, / una fiesta, / un silencio, / un cerrar los ojos, los oídos” (p. 12). La perplejidad del artista nos recuerda que la poesía no se reduce solamente a la expresión de sentimientos mediante recursos retóricos. La poesía “no es un adorno que acompaña la existencia humana, ni solo una pasajera exaltación ni un acaloramiento y diversión. La poesía es el fundamento que soporta la historia” (Heidegger, 2013, p. 133).

El arte que se piensa a sí mismo es uno de los grandes ejes temáticos de *Crepitaciones de invierno* (2020) y *Éxodos y ventanas* (2019). La metaficción -autoconciencia literaria- provoca en el lector reflexiones sobre cómo la belleza es una forma de resistencia contra el hastío, el miedo y los afanes de la supervivencia. Máxime en estos tiempos convulsos donde la vida se reduce a la mera supervivencia y por encima del ser importan modas, reciclajes, pastiches, espectáculos,



seguidores en redes y otras naderías. Sugestivos resultan al respecto los versos de “El decir y la forma”: “Hay una sed que abrasa el cuerpo y un hambre que devora el ánimo. El ser ya no está al alcance de la mano, y la nada, trashumante, es una lujuria que avergüenza. Hora de que este mundo se agote en su decir” (Hernández, 2019, p. 30).

Élmer Hernández ofrece al lector sus poemas y, a la vez, su arte poética. Se hace uno con el todo. Nutre una amplia tradición de escritores que han auscultado líricamente su oficio, su paso por la tierra. Como bien expresó Octavio Paz en “Hermandad”: “Soy escritura / y en este mismo instante / alguien me deletrea” (1987, p. 58). En ambos libros del autor ibaguereño hay un filosofar sobre la existencia, el tiempo y la literatura. De hecho, lo planteado por Nelson Romero Guzmán en el prólogo de *Éxodos y ventanas* aplica también para *Crepitaciones de invierno*: “Elmer Jeffrey Hernández tuvo la fortuna no solo de ser poeta de estos poemas, sino también de crear un personaje poeta para su libro, con sentido agudo de la visión, gracias a la cual capta imágenes de una realidad ensoñada a partir de su propio deterioro” (2019, p. 8).

Detrás de la cadencia de las frases y la sutileza de los versos de Élmer Hernández, hay insinuaciones y silencios estratégicos sobre las tragedias de la existencia. El poeta siente que el planeta no anda bien, que la historia olvidó viejas promesas de bienestar social y la Parca -presencia recurrente

en sus textos líricos- le susurra metáforas sugestivas: “Más allá del espejo, el mundo es un pez que palpita sobre la hierba... Más acá no hay hierba y el pez trepida lo mismo. ¿A quién debo pedirle que señale estaciones, faros, senderos? Mejor pensar un dolor o destripar una manzana con el calzado” (Hernández, 2020, p. 33).

La poesía es videncia, dice Rimbaud, y como en un presagio, se avizora que al final los dioses recibirán de vuelta el castigo dado a los hombres: el desespero, la orfandad y la culpa que los lleva a arrancarse los ojos como Edipos: “Un día los dioses despertarán y estarán tan solos que detendrán los planetas, se sacarán los ojos y atentarán contra ellos mismos... Ellos, los dioses, huérfanos de hombres” (Hernández, 2020, p. 14).

¿Qué queda después de los hombres y acaso los mismos dioses? El poeta responde en otra de sus creaciones: “La palabra no muere / aunque mueran los humanos... / De otro modo, / ¿qué se diría de los humanos?” (Hernández, 2020, p. 29). La belleza como memoria histórica, lo que sobrevive del mundo tras infamias, guerras, amores y utopías. Élmer Hernández, escritor y filósofo, entiende que “lo permanente lo instaran los poetas” (Heidegger, 2013, p. 124). El arte sublima estas contradicciones porque juega con lo imposible, con lo dialéctico, con lo humano en los claroscuros de pulsiones y afectos: “Nadie niega / que el amor quiere vivir bajo un paraguas / y en una boca desesperanzada”; “No he partido



/ y ya regreso cansado de vergüenza” (Hernández, 2020, p. 27).

### Apuntes finales

*Crepitaciones de invierno* y *Éxodos y ventanas* dan cuenta de un escritor con oficio literario. Pulió su propuesta estética pensando qué decir sobre la vida, la muerte y el arte, desde inéditas formas de nombrar las cosas a través de metáforas, antítesis e imágenes poéticas. Sugiere a través de sus líneas, pero también con la manera como distribuye los versos en la página. Sabe que la buena poesía se nutre de palabras, pero también silencios. Sus poemarios invitan a la lectura, al goce y placer estético. En consonancia con el título de su segundo poemario, el poeta enciende un fuego y el crepitar de su hoguera es invitación al consuelo, la belleza como refugio en medio del invierno: “Veo llover / y la sonrisa se desprende y vuela, / un retazo de sermón, / un pensamiento, / una herida que sangra y se dulcifica” (Hernández, 2020, p. 47).

Las poéticas del agua y fuego, en su convivencia dialéctica en los dos libros de Élmer Hernández, admiten variadas propuestas intertextuales. La escritura como llama y el invierno como la estación más parecida al ser cuando se trata de abrir surcos en la memoria -individual y colectiva- tiene ejemplos notables en la lírica colombiana, no son casuales los títulos de varios poemarios y antologías publicadas: *Diario de invierno*, de Jorge Ernesto Leiva Samper; *La casa en el invierno*, de Juan Carlos Acevedo Ramos; *Luz de invierno*, de Jorge Eliécer Ordoñez; *La canción del fuego*, de Amparo Romero Vásquez; *Fuego secreto*, de Orietta Lozano; *Alfabeto de fuego*, de Paula Klee (seudónimo de la profesora Francia Elena Goenaga); entre otros. Agua, poesía, anagnórisis, voces, intertextualidad, el artista, la obra y el fuego. Todo es posible de cantarse porque, en definitiva, un poeta es “un animal herido de invierno” (Hernández, 2020, p. 16).

### Referencias Bibliográficas

- Bachelard, G. (2003). *El agua y los sueños*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bachelard, G. (1966). *Psicoanálisis del fuego*. Madrid: Alianza Editorial.
- Baudelaire, C. (1996). El pintor de la vida moderna. *Salones y otros escritos sobre arte*. Madrid: Editorial Visor, p.p. 350-367.
- Borges, J. L. (1977). Las causas. *Historia de la noche*. Buenos Aires: Emecé Editores, p. 73.
- Heidegger, M. (2013). Hölderlin y la esencia de la poesía. *Estéticas del siglo XX*. Carlos Fajardo (comp.). Bogotá: Ediciones Desde Abajo, p.p. 123-140.
- Hernández, É. (2020). *Crepitaciones de invierno*. Ibagué: Sello Editorial de la Universidad del Tolima.
- Hernández, É. (2019). *Éxodos y ventanas*. Ibagué: Sello Editorial de la Universidad del Tolima.
- Hernández, É. (2011). Lateral sur. *Cuentos del Tolima, antología crítica* (antologistas, Libardo Vargas Celemín, Jorge Ladino Gaitán Bayona y Leonardo Monroy Zuluaga). Bogotá: Sello Editorial Alma Mater.
- Neruda, P. (1977). *Jardín de invierno, poesía póstuma*. Barcelona: Editorial Seix Barral.
- Paz, O. (1987). *Árbol adentro*. Barcelona: Editorial Seix Barral.
- Romero Guzmán, N. (2019). Prólogo. *Éxodos y ventanas*. Elmer Jeffrey Hernández. Ibagué: Sello Editorial de la Universidad del Tolima.

